

sus amores, sus campañas, las batallas en que se ha encontrado, la valentía de sus paisanos, su regreso al país, su muger, sus hijos, las faenas rusticas, los abusos que ha notado, los remedios que imagina. Muchas veces de los largos razonamientos propios de su edad se sacan excelentes preceptos morales ó lecciones de agricultura; y aun cuando en las cosas que dice no hubiere mas que el gusto que él en decir las tiene, le tendria Julia en escucharlas.

Despues de comer va la señora de Wolmar á su cuarto y trae un regalito de alguna alhajilla buena para la muger ó las hijas del buen viejo, hace que se la den los chicos, y reciprocamente les da él alguna dadiva sencilla del gusto de ellos que para esto le ha entregado á escondidas. Asi se forma desde temprano la estrecha y suave benevolencia que eslabona una con otra las diversas condiciones. Los niños se acostumbran á honrar la vejez, á estimar la sencillez, y á respetar el merito en todas las clases. Los labradores, que ven á sus ancianos padres obsequiados en una casa respetable y admitidos á la mesa de los amos, no tienen á menos el ser escluidos de ella, ni achacan esto á su clase, sino á su edad, no dicen somos muy pobres, sino somos muy mozos para que así nos traten, el honor que á sus ancianos se tributa, y que esperan que les tributen á ellos un día les consuela de la privacion, y los escita á merecerlo.

Entre tanto el buen viejo, todavia enternecido con los cariños que le han hecho, se vuelve á su choza con la priesa de enseñar á su muger y á sus hijos los regalos que les trae. Estas frioleras llenan de júbilo toda la familia que ve que han pensado en ella. Les cuenta con mucha prosopopeya lo bien que le han recibido, los platos que le han servido, los vinos que ha bebido, las razones afectuosas que se han dicho, las preguntas que acerca de ellos le han hecho, la afabilidad de los amos, las atenciones de los criados, y generalmente cuanto puede dar realce á las muestras de bondad y estimacion que le han dado; cuando lo cuenta disfruta de ello segunda

vez, y tambien toda la casa cree que disfruta de los honores que á su candillo le han tributado. Todos á una vez bendicen esta ilustre y generosa familia que da ejemplo á los grandes y refugio á los pequeños, que no se desdena del pobre, y honra las canas. Estos son los lóores que á los benéficos pechos delatan. Si hay bendiciones humanas que se dignen escuchar el cielo no son las que la lisonja y la vileza en presencia de los elogiados violentamente sacan, sino las que en secreto dicta un sencillo y agrado decidido corazon al lado de una rustica chimenea.

Asi un sereno y agradable afecto puede embelesar con su aliciente una vida insulsa para los animos indolentes, y así puede el arte de dirigir con acierto las faenas, la soledad y los cuidados, convertirlos en diversiones. Una alma sana puede tornar sabrosas las mas comunes ocupaciones, como la salud del cuerpo hace que sepan bien los alimentos mas sencillos. Todas esas personas fastidiadas que con tanta dificultad se divierten, deben á sus vicios su hastio, y pierden el contento del animo con el amor de sus obligaciones. A Julia le ha sucedido justamente lo contrario; y ciertas advertencias que otro tiempo le hubiera dejado olvidar el descaecimiento de su alma, le inspiran ahora interes por el motivo que se las dicta. Fuera menester ser insensible para no tener viveza nunca, y la suya se ha desenvuelto por los propios motivos que antes la tenian comprimida. Su corazon anhela por el retiro y la soledad para abandonarse en paz á los afectos de que estaba lleno, ahora ha tomado nueva actividad con los nuevos lazos que ha formado. No es de aquellas madres de familias indolentes que se contentan con estudiar cuando es menester obrar, y malgastan en instruirse en las obligaciones ajenas el tiempo que debieran emplear en cumplir con las suyas. Hoy practica lo que aprendió en otro tiempo, y ahora ya no estudia ni lee, que obra. Como se levanta una hora despues que su marido, tambien se acuesta una hora mas tarde, y esta hora es el unico rato que aun

consagra al estudio, porque nunca le parece el día muy largo para todas las tareas á que tiene destinadas dos horas de él.

Esto es, Milord, cuanto tengo que decir á V. acerca de la economia de esta casa, y la vida privada de los amos de ella. Satisfechos con su suerte, la disfrutan en paz: satisfechos con su caudal, no trabajan en aumentarle para sus hijos, sino en dejarles con el patrimonio que á ellos les cupo, tierras en buen estado, criados que les tengan ley, el amor del trabajo, del orden y la moderacion, y todo cuanto puede hacer serena y grata para hombres de juicio la posesion de un caudal mediano conservado con tanta prudencia como la honra con que ha sido grangeado.

CARTA III.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO (1).

Estos dias pasados hemos tenido huespedes; ayer se fueron, y hemos vuelto á entablar entre los tres una sociedad que embelesa tanto mas cuanto no ha quedado en lo interior de nuestros corazones cosa que esconder uno á otro quisiera. ¿Que satisfaccion tengo en recuperar un nuevo ser que digno de la confianza de V. me hace! No recibo muestra ninguna de confianza de Julia y su marido sin decir con cierta altivez de animo: al fin me atrevo á dejarme ver de él. Por el esmero de V. y en su presencia espero que mi estado actual se honre con mis pasadas culpas. Si el amor estinguido deja exhausta el alma, el amor domado con la conciencia de su victoria le infunde nueva elevacion, y mayor ardor á todo lo grande y hermoso. ¿Quien querria perder el fruto de sacrificio que tan caro ha costado? No, Milord, conozco que á ejemplo de V. se

va mi alma á aprovechar de todos los encendidos afectos que ha venido, y veo que es necesario haber sido lo que fui para llegar á lo que aspiro á ser.

Despues de seis dias perdidos en las frivolas conversaciones de sujetos diferentes hemos pasado hoy una mañana á la inglesa, reunidos y en silencio, disfrutando en uno el gusto de hallarnos juntos y las dulzuras del recogimiento. ¿Cuan pocas personas lo delicioso de este estado conocen! No he visto á nadie en Francia que tuviese de él la mas leve idea. Nunca se agota, dicen, la conversacion de los amigos. Es cierto que la lengua ofrece una facil charla á las medianas aficiones; pero la amistad, milord, la amistad! Vivo y celestial afecto! ¿qué palabras de ti son dignas? que idioma se atreve á ser interprete tuyo? Puede nunca equivaler lo que se dice á su amigo á lo que á su lado se siente? ¿Dios mio; que de cosas dicen una mano apretada, un mirar animado, un estrechar á su pecho, un suspiro que sigue! que fria despues de todo esto es la primera expresion que se pronuncia! Oh veladas de Besanzon! horas al silencio consagradas, y por la amistad recogidas! Oh, Boustou, alma elevada, sublime amigo! no, no he envilecido lo que por mí hiciste, y nunca te ha dicho nada mi lengua.

Es cierto que este estado de contemplacion es uno de los mayores embelesos para los pechos sensibles; pero siempre he visto que los extraños impertinentes no le dejaban disfrutar, y que necesitan los amigos que no haya testigos para poder á sus anchuras no decirse nada. Quieren, por decirlo así, estar uno dentro de otro recogidos; la menor distraccion es un desconuelo, y la menor sujecion inaguantable. ¿Si alguna vez lleva el corazon una palabra á la

(1) Versábanse sobre la materia de esta dos cartas escritas en distintas ocasiones; lo cual ocasionaba muchas repeticiones inútiles, y para evitar estas, ambas las he reunido en una sola. En cuanto á lo demás, sin querer justificar que sean tan escusivamente largas muchas de las cartas que esta coleccion componen, notaré que las de los solitarios son largas y raras, las de los que viven en el tráfago del mundo frecuentes y cortas. Basta con observar esta diferencia para ver al punto la causa de ella.

lengua, es tan dulce cosa poderla decir con toda libertad! Parece que no es posible que sea libre el pensamiento cuando las palabras no lo son; parece que la presencia de un solo extraño encadena el afecto, y comprime los animos que tan bien sin él se entenderian.

Dos horas han corrido estando nosotros en esta inmovilidad, mil veces mas suave que el helado ocio de los dioses de Epicuro. Despues del desayuno entraron los niños como acostumbran en el cuarto de su madre, pero en vez de ir luego á encerrarse con ellos en el Gineceo, como de ordinario lo hace, para que en algun modo resarcieramos el tiempo que sin vernos habiamos perdido, hizo que se quedaran con ella, y no nos separamos hasta la hora de comer. Henrieta, que empieza á saber manejar la aguja, trabajaba sentada delante de la Paca que hacia encajes, y cuya almohadilla se apoyaba á la espalda de su silla. Los dos chicos hojeaban en una mesa un libro de imagenes; el mayor esplicaba lo que significaban al mas chico, y cuando se equivocaba, Henrieta que estaba atenta y sabe el libro de memoria, cuidaba de enmendarle. Muchas veces fingiendo que no sabia en que estampa estaban, tomaba de aqui pretexto para levantarse, y para ir y venir de su silla á la mesa, y de la mesa á su silla. No le disgustaban estos paseos que le valian siempre alguna jugadilla del maliito, y á veces con ella un beso que como tan niño no sabe todavía dar bien su boca, pero Henrieta, que ya es mas habil le da; quita la mitad del trabajo de buena gana. Durante estas leccioncitas, que se daban y se tomaban no con mucha atencion, pero tambien sin sujecion ninguna, el menor contaba á escondidas unos redondelillos de boj que debajo del libro habia escondido.

Bordaba la señora de Wolmar cerca de la ventana en frente de los niños; su marido y yo estabamos todavía sentados en la mesa del te leyendo la gaceta, en que podia ella muy poca atencion. Pero al oír el articulo de la enfermedad del Rey de Francia, y del singular afecto de su pueblo, al que nunca ha habido otro

igual, como no sea el de los Romanos á Germanico, hizo algunas reflexiones sobre la buena indole de esta nacion benevola y suave, á la cual todas aborrecen, y que no aborrece á ninguna, añadiendo que en el mando supremo no evidiaba otra cosa que la satisfaccion de hacerse amar. No envidies nada, le dijo su marido con un tono que hubiera debido permitirme á mi; mucho tiempo hace que somos todos vasallos tuyos. Al oír esta palabra soltó la obra de las manos, volvió la cara, y puso en su digno esposo tan afectuosos y tan tiernos ojos, que yo me conmoví todo. No hablo palabras que podia decir que equivaliera á aquel mirar? tambien se taparon nuestros ojos. Por el modo con que me apretó su marido la mano senti que la misma emocion se habia comunicado á los tres, y que obraba en torno de ella el suave influjo de esta alma espasiva, y triunfaba de la misma insensibilidad.

En esta disposicion nos hallabamos cuando empezó el silencio de que he hablado á V., y bien puede colegir que no era de frialdad ni fastidio. Solo le interrumpia el jugar de los chicos, y aun estos, así que vieron que habiamos cesado de hablar por imitacion moderaron su charla, como si hubieran temido perturbar el recogimiento universal. La superintendente chica fué la que empezó á bajar la voz, á hacer señas á los otros, y á andar en puntillas; y sus juegos tanto mas nos divertian, cuanto les daba mas interes esta ligera sujecion. Este espectáculo que parecia ofrecerse á nuestra vista para prolongar nuestra ternura produjo su natural efecto.

Enmudecen las lenguas y habla el alma.

Que de cosas nos dijimos sin desplegar los labios, cuantos ardientes afectos nos comunicamos sin el frio intermedio de las palabras! Poco á poco se dejó Julia absorber por el que dominaba todos los demas. Fijarouse enteramente sus miradas en sus tres hijos, y arrobado su corazon en tan delicioso extasis animaba su semblante encantador en to-

do cuanto hay mas afectuoso en la ternura maternal.

Entregados nosotros mismos á estas dos contemplaciones, nos dejabamos arrastrar Wolmar y yo de nuestras meditaciones, cuando los niños que las ocasionaban dieron fin á ellas. El mayor, que se divertia con las imagenes, viendo que los redondeles le impedian á su hermano el poner atencion, aguardó á que los tuviera todos juntos, y dandole un golpe en la mano los echó á rodar por el cuarto. Marcelino comenzó á llorar; y sin darse prisa á acallarle mandó la señora de Wolmar á Paca que se llevara los redondeles. Calló el chico al instante, pero no por eso se quedaron los redondeles sin que volviese á llorar como yo me lo figuraba. Esta circunstancia que nada significaba me acordó otras muchas en que no habia hecho alto hasta entonces, y pensandolo no me acuerdo de haber visto nunca muchachos con quienes menos se hablase y que menos incomodos fuesen. Casi nunca abandonan á su madre, y apenas se echa de ver que estan allí. Son vivos, atolondrados, bulliciosos, como á su edad conviene, nunca impertinentes ni vociferos, y se echa de ver que son prudentes antes de saber que sea prudencia. Lo que mas me pasmaba en las reflexiones que me ha sugerido esta materia, era que se hacia esto como por sí propio, y que teniendo un cariño tan tierno Julia á sus hijos tan poco se afanaba al lado de ellos. Efectivamente, nunca se la ve ocupada en hacer que hablen, ni en mandarles ó prohibirles esto ó aquello. No disputa con ellos, no les quita su gusto en sus diversiones; diria uno que se contenta con verlos y amarlos, y que cuando han pasado el dia con ella, ya ha desempeñado todas sus obligaciones de madre.

Aunque me pareciese mas suave de contemplar esta pacifica tranquilidad que el solcito desasosiego de otras madres, no por eso me pasmaba menos una in-

dolencia que tan mal con mis ideas se avenia. Hubiera querido que menos á la naturaleza debiesen y mas á su madre, y casi hubiera deseado que tuviesen defectos para verla mas solícita por enmendarlos.

Despues de haber revuelto en mi largo rato estas reflexiones en silencio, le rompí para comunicarselas. Bien veo, le dije, que remunera el cielo la virtud de las madres con la buena indole de los hijos; pero esta buena indole requiere cultivo. Desde su cuna debe empezar su educacion. Hay tiempo mas propicio para formarlos que aquel en que no hay todavía forma ninguna que destruir? Si los entrega V. á sí propios desde su infancia ¿de que edad espera que sean doctores? Aun cuando nada tuviera V. que enseñarles, convendria enseñarles á ser obedientes. ¿Ha visto V., respondió, que me desobedezcan? Dificultosa cosa fuera, le dije, pues que no les manda V. nada. Sonrióse, miró á su marido, y cogiendome de la mano me entró con él en el gabinete donde podiamos hablar los tres sin que nos oyeran los muchachos.

Allí, explicandome muy despacio sus maximas, me hizo ver con visos de negligencia el mas vigilante esmero que jamas ha tenido la ternura maternal. Por mucho tiempo, me dijo, he pensado yo como V. acerca de las instrucciones prematuras, y durante mi preñez primera, asustada con tantas obligaciones y cargos como en breve tendria que desempeñar, hablaba muy inquieta de esto con el señor de Wolmar. ¿Que mejor guia escoger que un observador ilustrado que con el interes de un padre juntaba la sangre fria de un filosofo? Este satisizo y escedia mis esperanzas, dispo mis preocupaciones, y me enseñó á sacar con menos afan mucho mas fruto, haciendome tocar con el dedo que la primera y mas importante educacion, y justamente de la que todo el mundo se olvida, es poner á un niño en estado de ser educado (1).

(1) Locke mismo, el sabio Locke, tambien lo ha echado en olvido, que muy bien dice lo que de los niños ha de exigirse que lo que se ha de hacer para que ellos lo hagan.

Un error que es comun de todos los padres que se precian de tener luces es suponer racionales á sus hijos desde que nacen, y hablarles como á hombres, aun antes que sepan hablar. La razon es el instrumento de que piensan en valerse para su instruccion, siendo así que deben servir los demas instrumentos á la formacion de este, y que de todas las instrucciones idoneas para el hombre la que mas tarde y con mas dificultad adquiere es la razon misma. Hablandoles desde su infancia una lengua que no entienden, los acostumbran á pagarse con voces, á pagar con ellas á los demas, á censurar todo cuanto se les dice, á creerse tan sabios como sus maestros, á ser argumentadores y revoltosos, y todo cuanto piensan alcanzar de ellos por motivos de razon lo alcanzan solo por otros de temor ó vanidad, que se ven siempre forzados de añadir á los primeros.

No hay paciencia que al fin no cause el niño que así quiera criar, y así sucede que los padres, fastidiados, fatigados, hartos de la impertinencia eterna á que ellos mismos los han habituado, no pudiendo aguantar la molestia que les causan sus hijos, se ven precisados á apartarlos de sí entregándolos á maestros, como si fuera nunca de esperar de un preceptor mas blandura y paciencia que la que puede tener un padre.

La naturaleza, continuó Julia, quiere que los niños sean niños antes de ser hombres, y si queremos pervertir este orden producirémos precoces frutos que no tendrán madurez ni saber, ni tardarán en podrirse, tendremos muchachos doctores y viejos niños. La infancia tiene modos de ver, sentir y pensar peculiares de ella. No hay cosa menos juiciosa que el quererles sustituir los nuestros, y tanto concierto hallo en pedir que tenga un niño dos varas de alto como razon de diez años. Esta solo al cabo de muchos se empieza á formar, y cuando ya ha tomado el cuerpo cierta consistencia. Así es la intencion de la naturaleza que se ejerce el cuerpo antes de fortificar el animo.

(1) *Estrano una doctrina tan verdadera en el señor de Wolmar, pronto veremos porque.*

Siempre están bullendo las criaturas, la reflexion y el sosiego son el martirio de su edad; una vida sedentaria y aplicada estorba que crezcan y medren, ni en su espiritu ni en su cuerpo pueden sufrir la sujecion. Encerrados siempre con libros en un cuarto pierden todo su vigor, se ponen delicados, eudables, enfermizos, abobados antes que racionales, y toda su vida se resiente su alma del enflaquecimiento del cuerpo.

Aun cuando fuesen tan provechosos para su razon estas instrucciones prematuras, como son perjudiciales, todavia resultarian graves inconvenientes de darlas indistintamente, y sin tener cuenta con las que mas particularmente son adaptables á la indole de cada niño. Ademas de la general constitucion de la especie, desde que nace tiene cada uno su particular temperamento, que determina su talento y caracter, y que no conviene mudar ni sujetar, sino formar y perfeccionar. Segun el señor de Wolmar todos los caracteres son buenos y rectos en sí propios. No hay, dice, errores en la naturaleza (1); todos los vicios que al natural se imputan son efecto de las malas formas que ha recibido. No hay perverso cuyas inclinaciones mas bien dirigidas no hubieran producido grandes virtudes. No hay entendimiento torcido que no se le hubiera podido enseñar verdades útiles, tomando con él cierto giro, como aquellas figuras monstruosas y disformes que se tornan hermosas y bien proporcionadas cuando se colocan en su punto de vista. En el sistema universal todo concurre al bien comun, todo hombre tiene señalado su puesto en el mejor orden de cosas; tratase de encontrar este punto y no pervertir este orden. ¿Que sucede con una educacion que empieza desde la cuna, y siempre sujeta á la misma formula, sin atender á la portentosa variedad de los espiritus? Que la mayor parte reciben instrucciones perjudiciales, ó que no les son adaptables; que los privan de las que les convendrian; que por todas partes se violenta la natura-

za; que se borran las grandes prendas del alma substituyendolas con otras mezquinas y aparentes que no tienen realidad ninguna; que ejercitando indistintamente en las mismas cosas tantos talentos distintos, unos se alteran con otros, y se confunden todos; que despues de muchas diligencias malgastadas para estragar en los niños las verdaderas dotes de la naturaleza, en breve ven eclipsado el frivolo y transitorio esplendor que á ellas se han preferido, sin que vuelvan á encontrar el natural sofocado; que á una pierden lo que han destruido y lo que han levantado, finalmente que en pago de tanto imprudente afan como se han tomado todos estos portentos chicos se tornan en inteligencias que carecen de vigor y hombres faltos de merito notables solo por su flaqueza y su inutilidad.

Bien entiendo esas maximas, le dije á Julia, pero no sé como concertarlas con el modo de sentir de V. acerca de la poca utilidad que de desenvolver el ingenio y habilidad natural de cada individuo se saca, tanto para su felicidad propia, como para el bien verdadero de la sociedad. ¿No vale infinitamente mas formar un dechado perfecto del hombre racional y el hombre de bien, y luego acercar á este dechado á cada niño con la fuerza de la educacion, escitando á este, contentiendo á aquel, refrenando las pasiones, perfeccionando la razon, enmendando la naturaleza?...; Enmendar la naturaleza! dijo interrumpiendome Wolmar; hermosa espresion! pero antes de decirlo era menester responder á lo que acaba Julia de decir á V.

Parécime que la respuesta mas peyoratoria era negar el principio, y eso fue lo que hice. V. siempre supone que esta variedad de inteligencia y talentos que á los hombres distingue es efecto de la naturaleza, y nada menos que evidente es eso; porque al cabo si difieren los entendimientos no son iguales, y si los ha hecho desiguales la naturaleza ha sido dotando mas á unos que á otros con alguna mas perspicacia en los sentidos, felicidad de memoria, ó aptitud á la atencion. Ora, en cuanto á los sentidos y la memoria es probado

que sus diversos grados de felicidad y perfeccion no son la medida del entendimiento humano; y en cuanto á la aptitud á la atencion, esta pende unicamente de la fuerza de las pasiones que nos animan, y tambien es probado, que por naturaleza somos todos capaces de pasiones de suficiente fuerza para escitarnos á aquel grado de atencion de que resulta la superioridad de inteligencia.

Y si en vez de provenir de la naturaleza la variedad de los entendimientos fuera efecto de la educacion, esto es de las varias ideas y varios afectos que desde la cuna escitan en nosotros los objetos que se nos presentan, las circunstancias en que nos hallamos, y todas cuantas impresiones recibimos; lejos de esperar á conocer el caracter del entendimiento de los niños para educarlos, convendria por el contrario darse prisa á formar el caracter que fuese conveniente, con una educacion idonea para aquel que se desea.

A esto me respondió Wolmar que no era el metodo suyo negar lo que veia, cuando no lo podia explicar. Mire V. me dijo, esos dos perros que estan en el patio, son mellizos, han sido mantenidos y criados del mismo modo, nunca se han separado, y no obstante el uno es vivo, alegre, halagüeño, inteligente, el otro pesado, perezoso, gruñidor, y nunca le han podido hacer aprender nada. La diferencia de temperamentos sola ha producido en ellos la de caracter, como la diferencia sola de la organizacion interior produce en nosotros la de entendimiento; todo lo demas ha sido semejante...; Semejante! le interrumpi, ¿que diferencia! Cuantos objetos pequeños se han presentado á uno y no á otro! cuantas circunstancias insensibles han escitado en ellos sensaciones diversas sin que V. lo haya notado! Bueno, replicó, eso es discurrir como los astrologos. Cuando les opinian que dos hombres nacidos bajo el mismo aspecto tenían tan varias suertes, negaban al punto la paridad, sustentando que atendido lo raudó del movimiento de los cielos, habia una inmensa distancia del horoscopo del uno al del

otro, y que si hubieran podido señalarse con exactitud los dos instantes justos de su nacimiento se hubiera convertido la objecion en prueba.

Dejemonos de todas esas argucias, y atengamonos à la observacion. Esta nos dice que hay caracteres que se anuncian casi desde que nacen, y niños que se pueden estudiar en el seno de la nodriza. Estos forman clase aparte, y se educan desde que empiezan à vivir; pero los otros que se desarrollan mas tarde, querer formar su entendimiento antes de haberse conocido, es arriesgarse à echar à perder lo bueno que ha hecho la naturaleza, y en su lugar hacer mucho mal. ¿No sustentaba su maestro de V., Platon, que todo el humano saber y toda la filosofia no podian sacar de una alma lo que no habia puesto en ella la naturaleza; como nunca todas las operaciones quimicas han sacado de un mixto mas oro que el que ya contenia? Esto no es cierto en cuanto à nuestras pasiones y nuestras ideas, pero si lo es de nuestras disposiciones à adquirirlas. Para mudar un entendimiento seria menester mudar la organizacion interior, y para mudar un caracter variar el temperamento de que depende. ¿Ha oido V. decir nunca que un hombre iracundo se vuelva flematico, y que un espiritu metódico y frio adquiriera imaginacion? Yo por mi tan hacedero lo encuentro como convertir à una blanca en morena, ó à un tonto en hombre de talento. Vano es querer vaciar los diversos entendimientos en un molde comun. Podemos violentarlos, pero no mudarlos; podemos hacer que no se manifiesten los hombres como ellos son, pero no convertirlos en otros distintos; y si en el curso ordinario de la vida se disfrazan, los vera V. en todos los lances importantes tomar su original caracter y entregarse à él eso mas à rienda suelta que han roto todo freno. Vuelvo à decir que no se trata de mudar el caracter y doblar el natural, sino por el contrario de empujarle hasta donde pueda llegar, cultivarle, estorbar que degenera; porque así es un hombre todo cuanto puede ser, y perfecciona en él la educacion lo que bosquejó la natu-

raleza. Pero antes de cultivar un caracter es menester estudiarle, aguardar con paciencia à que se manifieste, proporcionarle ocasiones para que lo haga, y siempre abstenerse de obrar primero que obrar sin razon. A este ingenio conviene darle alas, à aquel ponerle grillos; uno quiere ser escitado, otro contenido; à tal se requiere que le halaguen, à tal que le intimiden; à veces es necesario ilustrar, y à veces entorpecer. Alguno es llamado à correr hasta la ultima meta la carrera de los conocimientos humanos, y alguno hay para quien fuera funesto aprender à leer. Esperemos hasta la primer chispa de la razon, que es la que pone patente el caracter, y le da su verdadera forma; por ella tambien se cultiva, y antes de la razon no hay verdadera educacion para el hombre.

Pero no sé que contradiccion en las maximas de Julia halla V.; yo las encuentro acordes en todo, cada uno trae desde que nace caracter, entendimiento y talentos que le son peculiares. Los que estan destinados à vivir con la sencillez rustica no necesitan para ser felices desenvolver sus facultades, y sus enterrados talentos son como las minas de oro de Valais que no permite el interes publico beneficiarlas. Pero en el estado civil, donde mas que brazos se necesitan cabezas, y donde cada uno debe dar à sí propio y à los demas cuenta de todo su valor, importa aprender à sacar de los hombres todo cuanto les repartió la naturaleza, dirigirlos por el camino por donde mas pueden adelantar, y sobre todo mantener todas aquellas de sus naturales inclinaciones que pueden acrecentar utilidad. En el primer caso solo se atiende à la especie; cada uno hace lo que todos los demas; la unica regla es el ejemplo, el unico talento la costumbre, y nadie ejercita mas que la porcion de su alma comun de todos. En el segundo nos aplicamos al individuo, al hombre todo; le añadimos todo cuanto puede tener mas que otro, le seguimos hasta donde le conduce la naturaleza, y le haremos el mayor de los hombres, si tiene lo necesario para llegarlo à ser. Tan poco se contradicen estas maximas,

que su practica es la misma en la primera edad. No ha de instruirse el hijo del aldeano porque no le conviene la instruccion; no ha de instruirse el hijo del morador de la ciudad, porque no se sabe aun que instruccion le convendrá. En todo caso dejese formar el cuerpo hasta que empiece à rayar la razon, que entonces es tiempo de cultivarla.

Muy bien me pareceria todo eso, le dije, si no hallara un inconveniente que perjudica mucho à las utilidades que de ese metodo espera V., y es dejar que tomen los muchachos mil malos resabios, que solo con los buenos se precaven. Mire V. à los que abandonan à que hagan su voluntad, en breve contraen todos los defectos cuyo ejemplo tienen à la vista, porque es muy comodo seguir este ejemplo, y nunca imitan lo bueno, cuya practica es mas penosa. Acostumbrados à conseguirlo todo, à hacer en cualquier lance su imprudente voluntad, se vuelven revoltosos, tercios, indomitos. Pero, replicó el señor de Wolmar, me parece que lo contrario ha reparado V. en los nuestros, y que eso ha sido lo que ha dado motivo à esta conversacion. Así lo confieso, dije, y eso es justamente lo que me admira. ¿Que ha hecho su madre para que sean dociles? De que medios se ha valido? con que ha sustituido el yugo de la doctrina? Con otro muy mas inflexible, replicó él al instante, con el de la necesidad. Pero que esplique ella su conducta, y entenderá V. mas bien sus ideas. La rogué entonces que me explicara su metodo, y despues de una corta pausa me habló casi en los terminos siguientes.

¡Venturosos los niños de buen natural, amable amigo mio! Yo no presumo tanto de nuestros afanes como el señor de Wolmar, y no obstante sus maximas, dudo de que pueda sacarse partido util de un caracter malo, y de que se pueda cacaminar al bien toda índole natural; pero no obstante, convencida de la excelencia de su metodo, procuro adaptar à él mi conducta en el gobierno de la familia. Mi primera esperanza es que no hayan salido malos hijos de mis entra-

ñas, y la segunda criar à los que me ha dado Dios tambien, bajo la direccion de su padre, que tengan un dia la dicha de parecersele. Para esto he procurado empaparne en las reglas que me han prescrito fundandolas en un principio menos filosofico y mas halagueño para el amor de madre, que es muy felices à mis hijos. Este fué el primer deseo de mi corazon, cuando tuve el dulce nombre de madre, y todos los afanes de mi vida no llevan otro conato que el verle cumplido. La primera vez que cogí en brazos à mi hijo mayor, contemplé que la infancia compone cerca de la cuarta parte de la vida mas dilatada; que son raros los que alcanzan à vivir los otros tres cuartos, y que es prudencia muy inhumana hacer que sea infeliz esta primera porcion para ahanzar la felicidad de lo restante que acaso nunca llegará. Contemplé que es tan flaca la edad primera y tantas las sujeciones que le impone la naturaleza, que es mucha crueldad añadir à tanta sujecion el imperio de nuestros antojos, privandoles de libertad tan limitada, y de que tan leve abuso pueden hacer. Resolvime pues à evitar al mio todas cuantas molestias me fuese posible, à dejarle todo el uso de sus cortas fuerzas, y à no estorbarle movimiento natural ninguno. Ya he sacado de esto dos grandes utilidades; la una apartar de su naciente alma la mentira, la vanidad, la ira, la envidia, en una palabra todos los vicios que de la esclavitud se originan, y que es fuerza fomentar en los muchachos para alcanzar lo que de ellos se exige; la segunda dejar que se fortalezca con libertad su cuerpo con el ejercicio continuo que le pide el instinto. Acostumbrado como los labradores à andar con la cabeza descubierta al sol, al frio, à ahogarse de fatiga, à sudar, se endurece como ellos contra las injurias del aire, y se robustece viviendo mas contento. Aquí viene pensar en su edad viril y en los azares de la humanidad. Ya he dicho à V. que aborrezco esa pusilanimidad mortifera, que à poder de delicadeza y cuidados afeina à un niño, le atormenta con una sujecion eterna, le encadena con

mil precauciones vanas, en fin le espone por toda su vida à los inevitables peligros de que por un momento le quiere resguardar, y por librarle de algun catarro cuando muchacho, le prepara flujiones de pecho, dolores de costado, golpes de sol, y la muerte cuando sea grande.

Lo que à los muchachos abandonados à si propios les da esos defectos de que V. ha hablado es que no contentos con hacer su voluntad propia, quieren obligar tambien à los otros à que la hagan, y esto por la loca indulgencia de las madres, para quienes el mejor modo de complacerlas es sujetarse à todos los antojos de sus hijos. Amigo mio, me lisonjeo de que nunca ha visto V. en los míos cosa que à imperio y autoridad se pareciera, ni aun con el postrer criado, y que tampoco me ha visto aplaudir en secreto las perjudiciales condescendencias que con ellos tienen. En esta parte si que sigo à mi parecer un sendero nuevo y sencillo, pues se ciñe à convenirle de que no es mas que un niño.

Si consideramos en si propia la infancia, ¿que ser en el mundo hay mas flaco, mas miserable, mas à merced de cuanto le rodea, y que mas necesite de piedad, amor y proteccion con un niño? No parece que por eso las primeras voces que le sugiere la naturaleza son gritos y llantos, que le ha dado tan amable figura, y tan tierno semblante para que cuanto se acerque à él se interese en su flaqueza y à porfia le socorra? Que cosa hay mas repugnante, mas contraria al orden que ver à un niño mandon y revoltoso que manda à todo cuanto à él se acerca, que toma con insolencia estilos de amo con aquellos que les basta abandonarle para dejarle perecer, y à padrones ciegos que tamaña osadia aprueban y que le acostumbra à que sea el tirano de su nodriza, hasta que un dia lo sea de ellos.

Por lo que à mi hace nada he omitido para desviar de mi hijo la peligrosa imagen del imperio y la servidumbre, y para no darle motivo à que pensara nunca que mas por obligacion que por comiseracion le servian. Este es acaso el

punto mas importante y mas difícil de toda la educacion; y es cuento de nunca acabar el de todas las precauciones que he tenido que tomar para apartar de él el instinto que con tanta presteza distingue los mercenarios servicios de los criados de la terneza de los cuidados maternales.

Uno de los principales medios de que me he valido ha sido, como he dicho à V., convencerle de la imposibilidad en que le pone su edad de vivir sin asistencia nuestra. Despues de esto no me ha sido dificultoso hacerle ver que todos los auxilios que de otro estamos forzados à recibir son actos de dependencia; que los criados son verdaderamente superiores à él, puesto que no puede vivir sin ellos mientras que él no les sirve de nada; de suerte que lejos de evanescerse con sus servicios, los admite con una especie de humildad, como prueba de su flaqueza, y ansia con ardor por ver llegar el tiempo en que sea fuerte y grande para poderse servir à si mismo.

Difícil fuera, dije yo, arraigar esas ideas en las casas donde el padre y la madre se hacen servir como niños chiquitos, pero en esta donde cada uno, empezando por V. tiene sus cargos que desempeñar, y donde la relacion de los criados con los amos solo es un perpetuo trueque de servicios y esmero, no creo absolutamente imposible poder asentarlas. No obstante, no puedo entender como unos niños acostumbrados à ver que se remedian de antemano sus necesidades no ensanchan este derecho à sus antojos, ó como no son alguna vez victima del mal humor de un criado que trate de antojo una necesidad real.

Amigo mio, replicó la señora de Wolmar, à una madre de cortos alcances todo se le figura monstruos. En los niños como en los hombres las verdaderas necesidades son muy reducidas, y mas debe atenderse à la permanencia del bienestar, que à un bienestar instantaneo. ¿Piensa V. que un niño que no tiene sujecion ninguna pueda tener mucho que aguantar del mal humor de su nodriza, en presencia de su madre, para que se halle incomodado? Supone V.

inconvenientes que nacen de vicios ya contraidos, sin hacerse cargo de que todas mis diligencias van encaminadas à que no se produzcan esos vicios. Las mugeres naturalmente quieren à los niños, y no hay entre ellos discordia sino cuando quiere uno sujetar à su antojo al otro. Pero no puede esto suceder aqui ni con el niño à quien nada se le manda, ni con la rolla à quien nada tiene el niño que mandar. En esto he seguido una conducta contraria à la de las demas madres, que finguen querer que obedezca el niño à la criada, y en la realidad quieren que la criada obedezca al niño. Aqui ninguno manda ni obedece, pero la condescendencia de los que viven cerca del niño es proporcionada à la que él con ellos tiene; y asi que conoce que toda su autoridad en los que junto à si ve la debe à la benevolencia, se hace docil y condescendiente; procurando grangearse la aficion de los demas, se aficiona tambien su corazon à ellos, porque es efecto infalible del amor propio que ame el que se hace amar, y de esta aficion reciproca originada de la igualdad, se derivan sin esfuerzo las buenas prendas que sin cesar à los muchachos se inculcan, sin conseguir jamas una sola.

He pensado que la parte mas esencial de la educacion de un niño, de que nunca se trata en las educaciones con mas esmero hechas, es hacerle reconocer toda su miseria, su flaqueza, su dependencia, y como ha dicho mi marido el grave yugo de la necesidad, que pone al hombre la naturaleza, y no es solo para que agradezcan cuanto para aligerar este yugo con él se hace, sino mas especialmente para que cuanto antes sepa en que puesto le colocó la Providencia, que no se encumbré à mas que adonde alcanza, y que nada humano lo repunte ageno de él.

Engreidos desde que nacen con la mollicie con que son criados, con las atenciones que todo el mundo con ellos tiene, con la facilidad de alcanzar, cuanto desean, empiezan los mancebos à ver el mundo neciamente preocupados de que todo debe ceder à sus antojos, y cuando se

enmiendan es muchas veces à poder de desaires, afrentas y desazones. Pues yo quisiera librar à mi hijo de esta segunda educacion que tanto le mortificaria, dándole en la primera, opinion mas acertada de las cosas. Primero habia resuelto otorgarle todo cuanto pidiese, persuadido à que siempre son buenos y saludables los primeros movimientos de la naturaleza, pero no tardé en conocer que con arrogarse el derecho de que los obedezcan salen los niños del estado de naturaleza casi luego que nacen, y contraen con nuestro ejemplo nuestros vicios y los suyos con nuestra imprudencia. Vi que si queria satisfacer todos sus gustos se aumentarían estos con mi condescendencia, y que al cabo llegaríamos à un punto donde seria menester detenerse, y que eso mas sensible le seria la denegacion que menos acostumbrado à ella estaria. No pudiendo hasta la edad de razon apartar de él todo sentimiento, he preferido el mas leve y que dure menos. Para que no le fueran tan sensibles las denegaciones le he hecho ceder à ellas, y para ahorrar desazones duraderas, lamentaciones y terquedades, toda denegacion ha sido irrevocable. Es cierto que le hago las menos que puedo, y que me miro en ello antes de determinarme à una. Todo cuanto se le otorga sin condicion, asi que lo pide, y se gasta muchisima indulgencia en este punto, pero nunca alcanza nada porfiando, y en esta parte lagrimas y halagos son igualmente inútiles. Tan convencido está de ello, que ha dejado de valerse de estos medios; à la primera palabra se resigna, y tan poco se enlafa por ver cerrar un cucuricho de confites que quisiera comerse, que volar un pajaro que desearia tener en la mano, porque conoce que tan imposible es alcanzar uno como otro. Lo unico que en todo lo que le quitan ve es que no lo ha podido conservar, y en lo que le niegan que no lo ha podido conseguir, y lejos de aporrear la mesa con lo cual se haria daño, no aporrea ni à la persona que le resiste. En todo cuanto le causa sentimiento ve el imperio de la necesidad, el efecto de su propia flaqueza, y nunca el de la mala voluntad agena.... Espere V., dijo con alguna viveza,

viendo que iba à replicar; ya prevengo la objecion de V., y al instante voy à responder à ella.

Lo que hace duraderas las griterías de los muchachos es el aprecio que de ellas hacen, ya sea para cederles, ó ya para contradecirlos. Para llorar un día entero les basta à veces conocer que no quieren que lloren. Ora halagos, ora amenazas, los medios que para acallarlos se toman son todos perniciosos, y casi siempre ineficaces. El ocuparse en sus llantos es motivo para que sigan con ellos; pero en breve se enmiendan cuando ven que no se hace ningun aprecio, porque grandes y chicos nadie gusta de tomarse un trabajo inutil. Esto justamente ha sucedido con mi hijo mayor: al principio era un lloroncillo que à todo el mundo atollondraba, y ya ve V. que ahora no se le oye en casa mas que si tal niño no hubiera. Lloro cuando le duele algo, que es la espresion de la naturaleza que nunca debe violentarse, pero calla al punto que se le acaba el dolor. Por eso pongo mucha atencion en sus lagrimas, cierta de que nunca las vierte sin causa. Con esto gano el saber à punto fijo cuando siente dolor y cuando no, cuando está bueno y cuando malo, ventaja que es perdida con los que por antojo lloran solo para que los hagan callar. Yo confieso que no es facil recavar este punto de las amas de niños y las rollas; porque como no hay cosa mas fastidiosa que estar oyendo siempre los lamentos de una criatura, y como estas buenas mugeres solo ven el instante actual, no conocen que haciendo callar al niño hoy llorará mañana, y es lo peor que la obstinacion à que se habita trae consecuencias para edad mas adulta. La misma razon que le hace ser lloron de tres años, le hará revoltoso de doce, quimerista de veinte, mandon de treinta, y toda su vida inaguantable.

Vengo ahora à la objecion de V. me dijo sonriendose. En todo cuanto à los niños se otorga facilmente ven el animo de complacerlos; en cuanto de ellos se exige, ó se les niega, deben suponer motivos sin preguntarlos. Esta es otra de las utilidades que de usar con ellos en

los lances necesarios de autoridad y de persuasion se saca; porque como no puede ser menos de que vean alguna vez la razon que para obrar asi milita, es natural que tambien la supongan cuando no la pueden conocer. Por el contrario asi que se ha sujetado alguna cosa à su juicio quieren juzgar de todo, se tornan sofistas, sutiles, de mala fé, fecundos en argucias; procurando siempre dejar sin respuesta à los que tienen la flaqueza de esponerse à sus cortas luces. Cuando se obliga uno à darles cuenta de las cosas que no están en estado de entender, achacan de antojadiza la mas prudente conducta luego que escede sus alcances. En una palabra, el unico medio de hacerlos dociles à la razon es no argumentar con ellos, y convencerlos de que la razon no es para su edad; porque entonces suponen que se halla en quien debe estar, à menos que les den motivo justo para pensar de otro modo. Bien saben que no tienen animo de atormentarlos, cuando estan ciertos de que los quieren, y rara vez se equivocan los niños en esta parte. Asi cuando yo niego alguna cosa à los míos no argumento con ellos, ni les digo porque no quiero; pero hago de manera que lo vean ellos, si es posible, y à veces algun tiempo despues. De este modo se acostumbra à entender que nunca les niego nada sin motivo fundado, aunque no siempre sepan cual es este.

Fundada en el mismo principio tampoco consentiré que se metan en las conversaciones de las personas de razon, imaginandose neciamente que dan su voto como los demas, cuando se consiente su insustancial charla. Quiero que respondan con modestia y en breves palabras cuando los preguntan, sin hablar nunca los primeros, y sobre todo sin meterse à hacer preguntas impertinentes à personas de mas edad que ellos, à quienes deben tener respeto.

Verdaderamente, Julia, dije interrumpiendola, que ese es mucho rigor para tan tierna madre. No era Pitágoras mas severo con sus discipulos que lo es V. con los suyos; no solo no los trata como hombres, sino que parece que

tiene miedo de que dejen muy en breve de ser niños. ¿Que medio mas agradable y mas seguro pueden tener para instruirse en las cosas que ignoran, que preguntárselas à personas mas instruidas que ellos? ¿Que pensarían de las maximas de V. las damas de Paris que les parece que nunca charlan sus hijos lo suficiente, ni antes de tiempo, y que evalúan el entendimiento que han de tener en siendo grandes por las necedades que dicen cuando chicos? Wolmar me dirá que eso puede ser bueno en un pais donde el principal merito es charlar mucho, y donde con tal que uno hable tiene dispensa de pensar. Pero V. que quiere que sea tan agradable la suerte de sus hijos, ¿como ha de concertar tanta dicha con tanto apremio? ¿Y con toda esa sujecion, en que queda la libertad que pretendia dejarles?

¿Pues que, replicó, es coartar su libertad estorbarles que nos quiten la muestra? No pueden ser felices sin que toda una sociedad se maraville en silencio de sus niñerías? Estorbemos que nazca su vanidad, ó detengamos à lo menos los progresos de ella, que esto es trabajar de veras por su felicidad, porque es la vanidad el manantial de los mayores quebrantos del hombre; y nadie hay tan cabal y tan obsequiado à quien no ocasione todavia mas pesares que satisfacciones (1).

¿Que puede pensar un niño de si mismo cuando ve en torno de él un círculo de hombres de razon que le escuchan, le provocan, se admiran de él, aguardan con ansiosa torpeza los oráculos que de su boca salen, y hacen mil exclamaciones de gozo à cada majaderia que dice? Apenas podria la cabeza de un hombre hecho resistirse à tantos mentirosos aplausos; considere V. que hará la suya. Con la charla de los niños sucede lo que con los pronosticos de los almanaques, que seria milagro si entre tantos falsos no se hallaba nunca uno que saliese verdadero. Imagínese V.

que efecto harán las exclamaciones de la adulacion en una pobre madre seducida ya por su propio corazón, y en un niño que no sabe lo que dice, y ve que le celebran. No piense V. que porque conozco el error no incurro en él; no, que veo la culpa y la cometo; pero si me admiran algunas respuestas de mi hijo es mi admiracion secreta, y no aprende, viendo que se las alabo, à ser parlanchin y vano, ni los aduladores tienen la satisfaccion de oírmelas repetir para reirse de mi flaqueza. Un día que habia venido gente à comer con nosotros, sali yo à dar algunas disposiciones, y al volver à la sala vi à cuatro ó cinco bobarrones ocupados en jugar con él, y que empezaban à contarme con mucho enfasis no sé cuantas preciosidades, que acababan de oír, y de que parecian llenos de maravilla. Señores, les dije yo con mucha tibieza, no dudo yo que sepan Vds. hacer que unos muñecos digan mil donaires; pero espero que un día sean mis hijos hombres que hablen y obren por sí propios, y entonces sabré con mucho júbilo de mi corazón cuanto bueno hicieren y dijeren. Desde que han visto que con este modo de cortejarme no se hacian lugar conmigo, juegan con mis niños como con niños, no como un muñeco de covachuela; no tienen compadre y valen mucho mas desde que menos se admiran de ellos.

En cuanto à las cuestiones no se les prohiben indistintamente, yo soy la primera en decirles que pregunten à su sabor, à su padre ó à mi cuando estemos solos cuanto necesiten saber; pero no consiento que corten una conversacion seria para que se ocupe todo el mundo en la primera necesidad que à la idea les venga. No es tan facil como piensan el arte de preguntar, que mas es arte de maestros que de discipulos, y es menester haber aprendido ya muchas cosas para saber preguntar lo que se ignora. El sabio sabe é inquiere, dice un proverbio indio, pero el ignorante

(1) Si alguna vez ha hecho la vanidad à alguien feliz en la tierra, este tal feliz era seguramente un necio.

no sabe ni siquiera lo que ha de inquirir (1). Como carecen de esta ciencia preliminar los niños a quienes se les deja entera libertad, casi todas cuantas cuestiones hacen ó son ineptas que para nada sirven, ó profundas y escabrosas cuya solución excede su capacidad; y una vez que no han de saberlo todo es importante que no tengan facultad de preguntarlo todo. Por eso generalmente hablando; mejor se instruyen con las preguntas que les hacen que con las que hacen ellos.

Aun cuando les fuera este metodo tan útil como de ordinario creen, no es la primera ciencia y la que mas les importa el ser modestos y prudentes? ¿Hay alguna otra que con detrimento de esta deban aprender? ¿Y que produce en los niños esa emancipación de palabras antes de la edad de hablar, y ese derecho de sujetar con desearo á sus interrogatorios á los hombres? Unos preguntones parleros que mas para importunar y para que se ocupe en ellos todo el mundo que para instruirse preguntan, y que todavía mas gusto cogen á esta charla por la confusión en que ven que ponen sus imprudentes cuestiones, de suerte que todo el mundo está inquieto así que abren la boca. No tanto es este un medio de instruirlos, como de hacerlos atolondrados y vanos; inconveniente en mi dictamen que es mayor que la utilidad que les reduce, porque la ignorancia se disminuye por grados, pero la vanidad nunca deja de ir en aumento.

Lo peor que de esta reserva sobrada prolongada pudiera resultar sería que tuviese mi hijo menos ligera la conversación, y menos viva y abundante la expresión, y contemplando cuanto coarta el entendimiento este derecho de pasar la vida diciendo frioleras, antes reputara por un bien que por un mal esta feliz esterilidad. Fastidiados siempre consigo mismos los ociosos se esfuerzan á apreciar por cosa de mucho valor el arte de divertirlos, y dirían que el trato del mundo consiste en decir solo palabras

vanas, como en no hacer mas que divinas inútiles; pero tiene mas alto fin la sociedad humana, y son mas solidos sus verdaderos contentos. El organo de la verdad, el organo mas digno del hombre, el unico cuyo uso de los animales le distingue, no le fué dado para no sacar mas utilidad de él que la que ellos desus gritos sacan, y se degrada á mas baja esfera cuando habla para no decir nada; porque el hombre ha de ser hombre hasta en sus pasatiempos. Si es urbanidad atolondrar á todo el mundo con un vano charlar, mas verdadera creo yo que se ceder á los demas la preferencia de que hablen, hacer mas aprecio de lo que dicen que de lo que uno propio diria, y manifestar que los estimamos en demasía para creer que los divertiríamos con simplezas. El buen estilo del mundo, el que hace que mas deseados y queridos seamos, no tanto está en lucir como en hacer que luzcan los demas, y en dejar á poder de modestia que con mas libertad se esplaye su orgullo. No temamos que un hombre entendido que solo por miramiento y prudencia se abstiene de hablar pueda ser nunca por necio reputado. En un pais cualquiera, sea el que fuere, no es posible que juzguen de un hombre por lo que no ha dicho, ni que le desprecien por haber callado. Por el contrario se nota que generalmente los hombres taciturnos infunden respeto, que cada uno se mira mucho en su presencia, y que se les presta mucha atención cuando hablan, lo cual dejándolos arbitros de las ocasiones, y haciendo que no se pierda nada de lo que dicen, les es muy ventajoso. Es tan difícil que el mas sabio conserve toda su presencia de animo en un inmenso flujo de palabras, y tan raro que no se le vayan cosas de que se arrepienta cuando está sereno, que mas quiere retener lo bueno que aventurar lo malo. Finalmente cuando no calla uno porque le falta entendimiento, si no habla, por callado que sea, la culpa la tienen los que con él se hallan.

Pero hay mucha distancia de seis

años á veinte; mi hijo no será siempre niño, y á medida que se empiece á manifestar la razón, el animo resuelto de su padre es dejarla que se ejercite. En cuanto á mi, mi cargo no llega á tanto. Yo erio á niños y no tengo la presunción de formar hombres, y espero, dijo mirando á su marido, que mas dignas manos se encargarán de este noble empleo. Soy muger y madre, y sé encerrar en este coto. Vuelvo á repetir que la función de mi cargo no es educar á mi hijo, sino prepararle para su educación.

En todo esto no hago mas que seguir punto por punto el sistema del señor de Wolmar, y cuanto mas adelante voy mas me enseña la experiencia cuan excelente y acertado es, y cuan acorde va con el mio. Contemple V. á mis hijos, y sobre todo al mayor: ¿conoce criaturas mas felices en la tierra, mas alegres, menos impertinentes? V. los ve brincar, reírse, correr todo el dia sin nunca incomodar á nadie. ¿De que gustos, de que independencia es capaz su edad, que ellos no disfruten, ó de que abusen? Tan poco se contienen delante de mi como en ausencia mia: por el contrario á la vista de su madre tienen siempre alguna mas confianza; y aunque yo sea autora de toda la severidad que experimentan, siempre me hallan menos severa que los otros, porque no podria sufrir no ser lo que mas en el mundo quieren.

Las unicas leyes que les imponemos son las de la libertad misma, no incomodar mas la compañía que lo que esta les incomoda, no gritar mas alto que lo que se habla; y como no se los obliga á que se ocupen en nosotros, tampoco quiero que pretendan que nos ocupemos en ellos. Cuando quebrantan leyes tan justas, el unico castigo es ser mandados al instante fuera, y toda mi arte, para que lo sea, hacer de manera que en ninguna parte se hallen tan bien como aquí. Fuera de esto á nada los sujetamos; nunca los forzamos á que aprendan nada; no los fastidiamos con vanas correcciones; jamas los reprendemos; las unicas lecciones que reciben son leccio-

nes practicas sacadas de la sencillez de la naturaleza. Cada uno bien instruido en la materia se conforma con mis intenciones con una inteligencia y un esmero que nada me dejan que desear, y si es de temer algun yerro, con facilidad le preavee ó le repara mi diligencia.

Ayer por ejemplo habiendo quitado el mayor un tambor al chico, echó este á llorar. Paca no dijo nada, pero una hora despues, cuando el robador del tambor estaba mas engolfado tocándole, se le cogió; él iba detras pidiendosele y llorando tambien; basta que le dijo ella; tú se le tomaste por fuerza á tu hermano, lo mismo te le tomo yo, ¿que tienes que hablar? no tengo yo mas fuerzas que tú? Dicho esto se puso á tocar á imitación de él, como si en ello hubiera tenido mucho gusto. Hasta allí todo iba perfectamente, pero algun tiempo despues quiso Paca volver el tambor al mas chico, yo se lo impedí porque ya no era esa la lección de la naturaleza, y podia nacer de aqui una semilla primera de envidia entre ambos hermanos. Cuando perdió el tambor sufrió el chico la dura ley de la necesidad; el mayor vió su injusticia; ambos conocieron su flaqueza, y se consolaron de allí á un cortorato.

Al principio me habia espantado un plan tan nuevo, y tan contrario á las ideas admitidas; pero á poder de esplicaciones han conseguido hacerme ser admirador, y me he convencido de que para conducir al hombre la mejor vareda siempre es la de la naturaleza. El unico inconveniente que en este metodo hallaba, y este me pareció capital, era el descuidar en los niños la unica facultad que en todo su vigor tienen, y que no hace mas que debilitarse á medida que crecen en edad. Parecime que conforme á su propio sistema, cuanto mas insuficientes y flacas eran las operaciones del entendimiento mas debía ejercitarse y fortificarse la memoria tan apta entonces para llevar trabajo. Un espíritu que en nada se ejercita se torna pesado y torpe en la inacción. En un campo mal preparado no prende lo que se planta; y es preparaci6n estraña para ser un dia

(1) Este proverbio esta sacado de Chardin, tom. V. pag. 170, en 12.

racional empezar siendo estúpido; Como estúpido ¡esclamó al punto la señora de Wolmar. ¿Confunde V. dos calidades tan diferentes como la memoria y el juicio (1)? Como si la cantidad de cosas incoherentes y mal digeridas de que llenan una cabeza aun flaca no hiciera mas perjuicio que provecho á la razon. Confieso que de todas las facultades del hombre la primera que se desenvuelve y la que con mas facilidad en los niños se cultiva es la memoria: pero á su parecer de V. ¿que vale mas, que aprendan lo que mas facil para ellos sea, ó lo que mas les importa saber?

Considere V. el uso que de esta facilidad de ellos se hace; la violencia que hay que hacerles, la sujecion perpetua en que es menester tenerlos para conseguirlo. ¿Que, forzar á un niño á estudiar lenguas que no entiende, y cuya armonia toda entera para él consiste en contar los pies por sus dedos; embrollar su inteligencia con círculos y esferas, de que no tiene la mas remota idea; abrumarle con mil nombres de ciudades y rios que todos los dias olvida y vuelve á aprender; es eso cultivar su memoria en beneficio de su razon? y vale toda esta frívola adquisición una sola de las lagrimas que cuesta?

Si todo esto solo fuera superfluo menos me quejaria; ¿pero no es nada enseñar á un niño á contentarse con palabras, y á creer que sabe lo que no puede comprender? Seria posible que no perjudicara semejante hacinamiento á las primeras ideas de que debe abastarse una cabeza humana? y no valiera mas no tener memoria que llenarla de todo ese farrago, en detrimento de los conocimientos necesarios cuyo lugar ocupa?

No; si ha dado la naturaleza al cerebro de los niños la flexibilidad que le da aptitud para recibir toda especie de impresiones, no es para grabar en el nombre de reyes, fechas, terminos de blason, de esfera, de geografia, y todas estas palabras sin significacion ninguna para su edad, y sin utilidad para cual-

(1) Esto no me parece bien pensado. No hay cosa mas necesaria para la razon que la memoria; verdad es que no es la memoria de palabras.

quiera edad que sea; con que se abruma su esteril y triste infancia; sino para que todas las ideas relativas al estado del hombre, todas las que con su felicidad tienen conexion, y que le iluminan acerca de sus obligaciones se establezcan antes en indelebiles caracteres, y le sirvan para conducirse mientras viva de un modo conforme á su ser y á sus facultades.

Sin estudiar en libros, no por eso huelga la memoria de un muchacho, todo cuanto ve, todo cuanto oye le hace impresion, y se acuerda de ello, apunta en su cabeza las acciones y los razonamientos de los hombres, y todo cuanto le rodea es el libro donde sin pensar continuamente enriquece su memoria interior su juicio se puede aprovechar de ello. En la eleccion de estos objetos, y el esmero de presentarle sin cesar los que debe conocer, y esconderle lo que le conviene ignorar consiste la verdadera arte de cultivar la primera de sus facultades; así se ha de procurar formarle un almacén de conocimientos que sirva para su educacion durante su mocedad, y para su conducta en todos tiempos. Es cierto que no forma este metodo portentos chicos, ni hace lucir las ayas y los preceptores; pero forma, si, hombres juiciosos, robustos, sanos de entendimiento y de cuerpo, que sin haber causado admiracion desde niños, se hacen respetar cuando son grandes.

No piense V. sin embargo, continuó Julia, que se descuidan aqui enteramente esas ocupaciones de que hace tanto aprecio. Una madre algo vigilante tiene en sus manos las pasiones de sus hijos, y hay medios para excitar y mantener en ellos el deseo de aprender ó hacer tal ó tal cosa, y en cuanto pueden conciliarse estos medios con la mas absoluta libertad del niño, y no engendran en él semilla ninguna de vicio, los uso con bastante gusto, sin empeñarme cuando no corresponde el fruto; porque siempre tendrá tiempo para aprender, pero no hay que perder instante para formar en

él una buena indole, y tal idea se tiene hecha el señor de Wolmar del primer desarrollo de la razon, que sustentó que aun cuando nada supiera su hijo á los doce años, no por eso seria menos instruido á los quince, sin contar que no hay cosa menos necesaria que saber mucho, ni que lo sea mas que ser justo y bueno.

V. sabe que nuestro hijo mayor lee medianamente. Vea V. como le ha venido el gusto para aprender á leer. Tenia animo de decirle de cuando en cuando alguna fabula de Lafontaine para divertirle, y habia ya empezado, cuando me preguntó si hablaban los cuervos. Al instante conocí la dificultad de darle á entender con bastante claridad la diferencia del apologo á la mentira, me zafé como pude, y convencida de que las fabulas son buenas para los hombres, y que es menester siempre decir la pura verdad á los niños, suprimí á Lafontaine sustituyendole una coleccion de historietas interesantes é instructivas; sacadas la mayor parte de la Biblia; viendo luego que cogia aficion á mis cuentos, me imaginé hacer que le fuesen todavia mas útiles: probando á componer yo misma algunos lo mas divertidos que me era posible, y siempre adoptandolos á las ocurrencias del dia. Al mismo tiempo los iba escribiendo en un libro adornado de estampas que guardaba muy encerrado; de cuando en cuando le leia algunos cuentos; raramente, poco tiempo, y repitiendo unos mismos varias veces con comentarios, antes de pasar á otros nuevos. Un muchacho ocioso está sujeto á fastidiarse; los cuentecillos eran un recurso, pero cuando le veía que con mas ansia ponía atencion, me acordaba algunas veces de que tenia que dar ordenes, y le dejaba en el pasaje mas interesante abandonando el libro. Iba al instante á rogar á la rolla ó á Paca, ó á cualquiera otro que concluyese la lectura; pero como no puede mandar á nadie, y estaban avisados, no siempre obedecian: uno se negaba, otro tenia que hacer, otro detreaba mal y despacio, otro á ejemplo mio dejaba el cuento á la mitad. Cuando le vieron fas-

tiado de tanta dependencia le sugirió uno en secreto que aprendiera á leer, para poder á su antojo registrar el libro cuando le acomodase. Parecióle bien el proyecto, pero fué menester hallar personas condescendientes que quisieran darle leccion: otra dificultad, que se ha hecho de manera que no fuese insuperable. No obstante todas estas precauciones se ha cansado tres ó cuatro veces, y le hemos dejado, pero he procurado yo que los cuentos fueran todavia mas divertidos, y ha vuelto á tomar la empresa con tanto ardor, que aunque no hace seis meses que ha empezado á aprender de veras; presto estará en estado de leer el solo la coleccion.

Con semejantes medios procuraré excitar su celo y buena voluntad para adquirir los conocimientos que requieren aplicacion y teson, y pueden convenir á su edad; pero aunque aprenda á leer no sacaré estos conocimientos de los libros porque no se encuentran en ellos, y no conviene en manera ninguna la lectura á los niños. Tambien quiero acostumbrarle cuanto antes á alimentar su cabeza con ideas y no con palabras, por eso no le hago aprender nada de memoria.

Nada, interrumpí, mucho decir es; porque al cabo menester es que sepa el catecismo y las oraciones. Se equivoca V., replicó. En cuanto á la oracion todos los dias por la mañana y por la noche rezo en alta voz la mia en el cuarto de mis hijos, y eso basta para que la aprendan sin obligarlos á ello; la doctrina cristiana no saben que cosa sea. ¿Que, Julia, no saben sus hijos de V. la doctrina? No, amigo mio, no saben mis hijos la doctrina. ¿Como, le dije pasmado, una madre tan piadosa!... No entiendo á V. ¿Y porque no saben sus hijos la doctrina? Para que la crean con el tiempo, dije; quiero que sean un dia cristianos. ¿Ah, ya estoy, esclamé; no quiere V. que consista su fe en palabras, ni que se ciñan á saber su religion, sino que la crean, y piensa con razon que es imposible que el hombre crea lo que no entiende. Muy mal contentadizo es V., me dijo sonriendose

el señor de Wolmar; ¿es V. por casualidad cristiano? Hago por serlo, le dije con entereza. Creo todo lo que la religion puede comprender, y respeto lo demas sin desecharlo. Julia me miró en señal de aprobacion, y volvimos à tomar el hilo de nuestra conversacion.

Despues de haberme dicho otras particularidades que me han dado à entender cuan activo, infatigable y provido es el celo maternal, concluyó observando que se ceñia exactamente su metodo à los dos fines que se habia propuesto, conviene à saber: à dejar que se desenvolviera la indole de los niños, y estudiarla. Los mios en nada estan sujetos, dijo, y no pueden abusar de su libertad; no puede ni depravarse, ni constreñirse su caracter; dejamos que su cuerpo se fortalezca à sus anchuras, y que brote su razon; no envilece la esclavitud su alma, no hacen las agenas miradas que fermenta su amor propio; no se creen ni hombres pujantes, ni animales atados, sino niños venturosos y libres. Para preservarlos de los vicios que no hay en ellos, me parece que tienen un preservativo mas fuerte que razonamientos que no entenderán, ó que en breve los fastidiarian, y es el ejemplo de las buenas costumbres de todo cuanto cerca de sí miran; son las conversaciones que oyen, que aqui son naturales en todo el mundo; y no se necesita componerlas de proposito para ellos; es la paz y la union que presencian; es la conformidad que ven que sin cesar en la respectiva conducta de todos, y en la conducta y las palabras de cada uno reina.

Criados en su sencillez primera, ¿de donde pueden venirles vicios de que no han visto ejemplo, pasiones que no tienen ocasion ninguna de sentir, preocupaciones que nada les infunde? Ya V. ve que ningun error los seduce, y que no se manifiesta en ellos ninguna mala inclinacion. Ni es terca su ignorancia, ni porfiados sus deseos; se ha precavido toda propension al mal; está justificada la naturaleza; todo lo cual me prueba que los defectos que le achacamos no son obra suya sino nuestra.

Asi abandonandose à las inclinaciones de su corazon, sin que nada las disfrace ó las altere, no reconocen nuestros hijos una forma esterna y artificial, sino que conservan exactamente la de su original caracter; asi diariamente se desenvuelve à nuestros ojos este caracter, sin reserva, y podemos estudiar los movimientos de la naturaleza hasta en sus mas reconditos principios. Ciertos de que no los han de reñir ni castigar, ni saben mentir ni ocultarse, y en todo cuanto dicen ya sea à nosotros, ó ya entre ellos, dejan ver sin disfraz todo cuanto en lo interior del alma tienen. Libres de charlar todo el dia entre ellos, ni siquiera piensan en sujetarse un instante cuando estoy yo presente. Ni los reprendo nunca ni los hago que callen, ni finjo que los escucho, y aunque dijeran las cosas mas reprobables haria que no las oia; pero en la realidad los escucho con la mayor atencion sin que ellos lo conozcan; lleva un asiento puntual de cuanto dicen y hacen, que son las producciones naturales del terreno que ha de cultivarse. En sus labios una espresion viciosa es una yerba exotica cuya grana la ha traído el viento; si con una represion la corto volverá en breve à brotar de nuevo; en vez de eso busco secretamente la raiz, y tengo cuidado de arrancarla. Solo soy, me dijo sonriendose, el mozo del jardinero: recardo el jardin, y quito la yerba mala; al jardinero le toca cultivar las buenas.

Tambien hemos de convenir en que con todo el esmero que hubiera podido yo tomarme era menester tener buenos alrededores para que no se malograran sus afanes, dependiendo el logro de mi empresa de un concurso de circunstancias que acaso fuera de aqui nunca se ha hallado; requerianse las luces de un padre ilustrado para distinguir por entre las preocupaciones establecidas la verdadera arte de gobernar à los niños desde que nacen; requerianse toda su paciencia para ponerla en ejecucion, sin contradecir nunca con su conducta sus lecciones; requerianse buena indole en los niños, y que hubiera hecho la naturaleza lo suficiente para poderse con-

placer en su obra; requerianse que los criados fuesen inteligentes, tuviesen buenas intenciones y contribuyesen al desiguo de sus años; con uno solo aduldor ó colérico habria bastado para echarlo à perder todo. Verdaderamente cuando al cumulo de causas esternas que pueden frustrar los mas prudentes desiguos y trastornar los mas bien concertados planes se atiende, debemos dar gracias à la fortuna de todo lo bueno que en la vida se hace, y decir que en mucha parte pende de la dicha la sabiduria.

Diga V., exclamé, que pende mucho mas de la sabiduria la dicha. ¿No ve V. que ese concurso de que se da el parábien es obra suya, y que todo cuanto à V. se acerca se ve precisado à semejarle à V.? Madres de familias, que mal conocéis vuestro poder cuando os quejais de que no hallais quien os ayude! Sed todo cuanto ser debeis, venceréis todos los estorbos, y si cumplis bien con todas vuestras obligaciones precisareis à cada uno à que cumpla con las suyas. ¿No son vuestros derechos los de la naturaleza? No obstante las maximas del vicio, siempre serán preciosas para el corazon humano. Ah; resolvéis à ser esposas y madres, y el mas suave imperio que hay en la tierra tambien será el mas respetado.

Por conclusion de esta conversacion notó Julia que todo se habia hecho mas facil con la llegada de Henrieta. Es cierto, dijo, que mucho menos afan y maña necesitaria yo si quisiera introducir la emulacion entre los dos hermanos; pero me parece muy arriesgado este medio, y mas quiero tomarme mas trabajo, y no aventurar nada. Henrieta suple à esto; como es de otro sexo, la mayor, que ambos la quieren con exceso, y tiene una capacidad superior à su edad, la constituyo en algun modo su primer aya, y con tanto mas fruto, cuanto sus lecciones son para ellos menos sospechosas.

La educacion de ella es de competencia mia; pero son principios tan distintos que merecen una conversacion separada. A lo menos puedo afirmar de

antemano que será difícil añadir cosa alguna à las dadas de la naturaleza, y que valdrá tanto como su propia madre, si puede alguien del mundo valer tanto como ella.

Milord, de un dia para otro estamos aguardando à V, y esta debiera ser mi ultima carta; pero no se me esconde lo que dilata su permanencia en el ejército, y me estremezco. No menos inquieta se halla Julia y ruega à V. que nos dé noticias suyas mas à menudo, y le suplica que considere cuando arriesgue su persona, que es à costa del sosiego de sus amigos. Yo por mi nada tengo que decir; haga V. su obligacion; ni puede salir un consejo medroso de mi corazon, ni caber en el suyo. Querido Bomston, bien lo sé, la unica muerte digna de tu vida fuera verter tu sangre por la gloria de tu pais; pero no debes tener alguna cuenta con tu vida por aquel que solo por ti la suya ha conservado?

CARTA IV.

DE MILORD EDUARDO A SAN PFEUX.

Por las dos últimas cartas de V. veo que me falta una anterior à ambas, que es verosimilmente su primera escrita al ejército, en que se hallaba la explicacion del pesar secreto de la señora de Wolmar. Esta no la he recibido, y colijo que estaria acaso en la mala de un correo que hoy han cogido. Asi repítame V., amigo mio, su contenido; se confunde mi cabeza, y se inquieta mi corazon, porque una y mil veces lo digo: ¿si no habitan la paz y la felicidad en el alma de Julia, donde morarán en la tierra?

Disipe V. sus temores acerca de los riesgos à que me cree espuesto; las habemos con enemigo sobrado habil para dejar que corramos ninguno; con un puñado de gente inutiliza todas nuestras fuerzas, y en todas partes nos priva de los medios de ataque. No obstante, como nosotros somos confiados, bien pudieramos remover dificultades insuperables para mejores generales, y forzar al fin à los franceses à que nos derroten. Yo